

de él y lo hacen todavía más difícil de resolver. Al que no sabe herir certeramente debe rogársele que no hiera.

327.—*La naturaleza olvidada.*

Hablamos de la naturaleza y, al hablar, nos olvidamos á nosotros mismos; pero también somos la naturaleza, á pesar de todo. Por consiguiente, la naturaleza es una cosa muy distinta de lo que sentimos al nombrarla.

328.—*Profundidad y tedio.*

En los hombres profundos como en los pozos profundos pasa algún tiempo antes de que el objeto que se arroja en ellos llegue al fondo. Los espectadores que no esperan, por lo general, bastante tiempo se imaginan que esos hombres son insensibles y duros; ó bien que son fastidiosos.

329.—*Cuándo es tiempo de prestar juramento de fidelidad.*

A veces se extravía uno en una dirección intelectual que está en contradicción con nuestras capacidades; durante algún tiempo lucha heroicamente contra viento y marea, es decir, contra sí mismo; fatigase uno y acaba por gemir. Lo que llevamos á cabo no nos causa un placer verdadero, porque nuestros éxitos nos hacen perder demasiadas cosas. Hasta ocurre que uno se desespera de su fecundidad, de su porvenir, cuando tal vez se está en plena victoria. Finalmente, se acaba por volver atrás; y ahora el viento agita nuestra vela y nos impulsa en nuestra corriente. ¡Qué felicidad! ¡Cuán ciertos de la victoria nos sentimos! Ahora sólo sabemos lo que somos y lo que queremos.

ahora nos juramos fidelidad á nosotros mismos y tenemos derecho á hacerlo, puesto que lo sabemos.

330.—*Los que predicen el tiempo.*

Del mismo modo que las nubes nos revelan adonde corren, por encima de nosotros, los vientos, así también los espíritus más ligeros y más libres, en sus corrientes, predicen el tiempo que va á venir. El viento del valle y las opiniones de la plaza pública de hoy no significan nada por lo que atañe al porvenir, porque no hablan sino de lo que se refiere al pasado.

331.—*Constante agregación.*

Las personas que comienzan lentamente y que se familiarizan difícilmente con una cosa, poseerían á veces más tarde la cualidad de la aceleración constante; de suerte, que nadie puede adivinar, «en resumidas cuentas», dónde la ola podrá arrastrarles.

332.—*Tres buenas cosas.*

El grandor, la calma y la luz del sol: esas tres cosas rodean todo lo que un pensador puede desear y exigir de sí mismo; sus esperanzas y sus deberes, sus pretensiones en el dominio intelectual y moral, diré más: su manera cotidiana de vivir y la orientación del lugar donde habita. A esas tres cosas corresponden, por una parte, pensamientos que elevan, después pensamientos que tranquilizan, en tercer lugar pensamientos que iluminan; pero en cuarto lugar pensamientos que participan de esas tres cualidades, pensamientos donde todo lo que es terrestre llega á transfigurarse; es el imperio donde reina la gran trinidad de la alegría.

333.—*Morir por la «verdad».*

No nos haríamos quemar por nuestras opiniones; tan poco seguros estamos de ellas. Pero tal vez sería por el derecho de nuestras opiniones á poder cambiar.

334.—*Tener su tarifa.*

Si uno quiere pasar exactamente por lo que *es*, hay que ser algo que posee *una tarifa propia*. Pero no tiene una tarifa sino lo que es de uso vulgar. Por consiguiente, ese deseo es la consecuencia de una modestia inteligente ó de una inmodestia estúpida.

335.—*Moral para los que edifican.*

Hay que quitar los andamios cuando la casa está construída.

336.—*Sofocletismo.*

¿Quién ha echado más agua en el vino que los griegos? La sobriedad unida á la gracia; ese fué el privilegio de nobleza de los atenienses de la época de Sófocles y de los que vinieron después de él. ¡Que el que pueda haga lo mismo! ¡En la vida y en la creación!

337.—*El heroísmo.*

El heroísmo consiste en hacer grandes cosas (ó en *no* hacer algo de una manera grande), sin tener, en la lucha con los demás, el sentimiento de *estar* ante ellos. El héroe lleva consigo el desierto y la tierra santa de los límites infranqueables, dondequiera que vaya.

338.—*Doble aspecto de la naturaleza.*

En ciertas comarcas de la naturaleza nos descubrimos á nosotros mismos con un estremecimiento agradable; para nosotros esta es la manera de tener un doble aspecto. ¡Cuán feliz debe ser aquel que puede tener ese sentimiento, *aquí* mismo, en esta atmósfera de otoño, siempre soleada, bajo el soplo malicioso del viento, que se prolonga de la mañana á la noche, envuelto en esa claridad pura y en esa frescura templada, y verse reproducido en el carácter, á la vez risueño y serio, de las colinas, de los lagos y de los bosques de esa llanura, que se extiende sin temor al lado del espanto de la nieve eterna, allí donde Italia y Finlandia forman alianza y parecen ser la patria de todos los matices argentados de la naturaleza!... ¡Feliz el que puede decir: «Hay seguramente muchas cosas más grandes y más bellas, pero *ésta* está íntimamente unida á mí; yo estoy ligado á ella por los vínculos de la sangre, ¡por más aún!»

339.—*Afabilidad del sabio.*

El sabio será involuntariamente afable con los demás hombres, como lo haría un príncipe; y, á pesar de todas las diferencias de dotes, de condiciones y de modales, los tratará como iguales; lo cual se le censura amargamente en cuanto se nota.

340.—*Oro.*

Todo lo que es oro no reluce. La irradiación apagada es propia del metal más precioso.

341.—*Rueda y freno.*

La rueda y el freno tienen deberes distintos, pero tienen también una semejanza: la de hacerse mal.

342.—*Desequilibrios del pensador.*

Todo lo que le interrumpe en sus reflexiones (el *desequilibrio*, como se dice), debe considerarlo el pensador apaciblemente como un nuevo modelo que entra por la puerta para ofrecerse al artista. Las interrupciones son los cuervos que llevan su alimento al solitario.

343.—*Tener mucho ingenio.*

Tener mucho ingenio conserva á uno joven; pero hay que sostenerse con eso para pasar por más viejo de lo que se es. Porque los hombres leen los rasgos de ingenio como si fuesen rastros de *experiencia* de la vida, es decir, testimonios de que se ha vivido mucho y de que se ha vivido mal, de que se ha sufrido, de que se ha engañado uno y de que se ha arrepentido. Luego se pasa casi por dos veces más viejo de lo que es y también por *más malo* de lo que se es, cuando se tiene mucho ingenio y se revela.

344.—*Cómo hay que vencer.*

No hay que querer vencer cuando sólo se tiene la perspectiva de triunfar de su adversario extenuándolo. La buena victoria debè regocijar al vencido y tener algo divino que ahorra la *humillación*.

345.—*Ilusión de los espíritus superiores.*

Los espíritus superiores sienten desprenderse de una ilusión; se figuran que excitan la envidia de los vulga-

res y que son considerados como excepciones. Pero en realidad se les considera como algo superfluo, de que se prescindiría si no existiese.

346.—*Exigencia de la vanidad.*

Cambiar de opiniones es para algunas naturalezas una exigencia de limpieza, lo mismo que cambiar de ropa; pero para otras es una exigencia de vanidad.

347.—*Digno de un héroe.*

He aquí un héroe que no ha hecho más que sacudir el árbol cuando los frutos estaban maduros. ¿Os parece demasiado poco? Ved el árbol que ha sacudido.

348.—*Cómo se puede calcular la sabiduría.*

El exceso de sabiduría se calcula exactamente por la disminución de bilis.

349.—*El error presentado de una manera desagradable.*

No es del gusto de todo el mundo oír la verdad de una manera agradable. Pero nadie debe imaginarse que el error se convierta en verdad cuando se le presenta de una manera *desagradable*.

350.—*La máxima dorada.*

Se han puesto muchas cadenas al hombre para que deje de portarse como un animal: y en realidad, se ha hecho más dulce, más ingenioso, más alegre, más reflexivo de lo que son todos los animales. Pero sufre por haber carecido durante mucho tiempo de aire puro y de movimientos libres; esas cadenas, le repito, y lo repetiré siempre, son esos errores graves

y significativos de las representaciones morales, religiosas y metafísicas. Solo cuando haya desaparecido *la enfermedad de las cadenas*, se conseguirá por completo el gran fin: la separación del hombre y del animal. Ahora bien; estamos á la mitad de nuestro trabajo para romper las cadenas, y necesitamos para eso las mayores precauciones. Solo al *hombre ennoblecido* puede concederse *la libertad de espíritu*; él solamente se emociona por *el alivio de la vida*, que es un bálsamo á sus heridas; es el primero en poder decir que vive á causa de la alegría y no á causa de cualquier otro fin; y en cualquier otra boca sería peligrosa esta divisa: *Paz á mi alrededor y buena voluntad para con las cosas próximas*. Esta divisa para los individuos le hace pensar en una frase antigua, magnífica y conmovedora á la vez, que estaba compuesta para *todos*, y que ha permanecido por encima de la humanidad como una divisa y una advertencia, á causa de la cual perecerán los que ornén con ella su bandera demasiado pronto: una divisa que hizo perecer al cristianismo. Parece que *no ha llegado aún el tiempo* en que todos los hombres puedan tener la suerte de esos pastores que vieron iluminarse el cielo y escucharon esas palabras: «Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» El tiempo pertenece todavía á los *individuos*.

DIALOGO

ENTRE LA SOMBRA Y EL VIAJERO

La sombra: De todo lo que has enunciado, nada me gustó tanto como una de tus promesas: queréis llegar á ser buenos prójimos de las cosas próximas. Eso nos vendrá bien á nosotros, pobres sombras. Porque, confesadlo, hasta ahora habéis tenido mucho gusto en calumniarnos.

El viajero: ¿Calumniar? Pero, ¿por qué no os habéis defendido nunca? Estáis bien cerca de nuestros oídos.

La sombra: Parecíamos que estábamos demasiado cerca de vosotros para poder hablar de nosotras mismas.

El viajero: ¡Lindo! ¡Lindísimo! ¡Ah! Vosotras las sombras sois «mejores personas» que nosotros: bien lo noto.

La sombra: Y, sin embargo, nos llamáis «indiscretas»; á nosotras, que sabemos hacer bien una cosa por lo menos, callarnos y esperar: no hay inglés que lo sepa mejor. Es cierto que se nos encuentra muy cerca y á menudo en persecución de un hombre, pero no en su vecindad. Cuando el hombre coge la luz, nosotros cogemos al hombre: es la medida de nuestra libertad.

El viajero: ¡Ah! La luz coge también muy á menudo al hombre, y entonces vosotras le abandonáis también.